

volcanes que visitó en Tenerife, pues sus huellas, dieron á conocer á Humboldt en grandes tipos, el poderoso elemento, que en épocas remotas calentó nuestra tierra, rompió su costra, enterrando hombres, animales, plantas y ciudades por medio de terremotos, y en la actualidad todavía continúa en lo profundo de sus venas, para conmover aquí y acullá ó por sus válvulas de seguridad, los cráteres, hacer explosion en el aire con llamas y lava ardiente.

Esta es la gran palabra que habló Tenerife con Humboldt, ésta es la gran palabra que él nos hizo comprender, guiado por estas contemplaciones.

CAPITULO VI.

Una noche maravillosa.

Era de noche;.....el buque habia dejado muy atrás á Tenerife. Habian desaparecido semanas de una navegacion rica en investigaciones y experiencias; aún no se presentaba á la vista nada mas que cielo y agua; pero se habian acercado mas y mas al continente americano.

Alejandro de Humboldt se encontró solo en la proa del buque, mirando silenciosamente el inmensurable espacio. Se hallaba de mal humor porque en el buque se habia presentado un dañozo huésped: una fiebre maligna. Ya se habian enfermado algunos pasa-

jeros y aun Bonpland se quejaba tambien de un malestar, tratando ya de descansar.

Un sentimiento extraño de soledad, de abandono y de mal humor, se habia apoderado de Humboldt como una pesadilla, presentándose ante su alma con una sensacion indefinible la imponente grandeza del océano sin fin, y la del mundo que descansaba en los brazos de la noche.

Silenciosamente caminaba el buque.....con regularidad se movian las olas, viniendo y alejándose...junto á la pálida luna pasaron algunas nubes como espectros...mas todo esto no veia.....solo sentia en su pecho un gran dolor!

Humboldt miraba el cielo. Entónces le sucedia lo de siempre, la inmensidad con sus eternas luces conmovia á su alma mas viva y profundamente, que cualquier otro atractivo terrestre. Se le figuraba que le venian del cielo y de sus mundos ciertos deseos, y lo que viene del cielo, vuelve á él. Acaso seria la monotonía, propia de todo viaje largo por mar, lo que le oprimia el pecho y le hacia dirigir con doble interes sus miradas hácia arriba; porque al rededor de él se notaba desde muchas semanas la marcha uniforme de la vida y de los fenómenos de los peces volantes, que se elevan sobre la superficie del agua perseguidos por sus enemigos. Humboldt ya habia estudiado su anatomía y su capacidad de volar; grandes yerbas de mar, flotantes, enraizadas en el fondo del océano, y llegando á la superficie sus troncos de una longitud de 500 hasta 1800 piés y formando bancos

enteros; tambien á su exámen habia dedicado Humboldt una gran parte de su tiempo. Centenares de objetos de esta clase..... siempre los mismos.....y siempre agua y cielo y vientos y luna, y el pensamiento en las cosas grandes, en la patria, y la grandeza de la naturaleza y en la pequeñez del Yo.....y sobre todo esto un aliento de la muerte, que acechando, pasaba por el interior del buque.

Pesada, muy pesada es la monotonía de una existencia de esta clase aún para los marinos mas experimentados. Tambien la tripulacion despues de trascurridas muchas semanas de navegacion, busca la vista de un hombre extraño; desea percibir la voz de alguna otra persona y ver objetos de otras regiones. De manera que es siempre un acontecimiento notable, el paso de otro buque; todos suben apresuradamente á cubierta, se hacen señas, gritan, se preguntan por el nombre y lugar de su procedencia y de su destino, se saludan..... y se ven desaparecer mutuamente en el horizonte.

Humboldt y Bonpland habian sido muy activos durante la navegacion, mas sus trabajos científicos no pudieron reprimir la exaltacion de su ánimo, principalmente en el primero, á pesar del rico material que les ofrecia diariamente su celo por la investigacion. Con mucho sobresalto se levantó Humboldt, porque su excelente vista creia haber descubierto, con la luz de la luna, una vela en el lejano horizonte.

Sin cesar y con el corazón palpitante, dirigió una mirada hácia el punto que se acercaba más y más, y se hacia mas grande..... era un buque..... pero..... era tambien el primer dolor que sentia el viajero, cuando paulatinamente se distinguia el mástil y..... y..... pasaba con los restos de un buque, cubierto de yerbas, que habia naufragado.

Era aquel un momento muy solemne y conmovedor: pasó el casco semejante á un sepulcro cubierto de césped... ¿Dónde estarian aquellos, que la habian conducido hacia poco, que en la tempestad destructora habian exhalado su último suspiro luchando por su vida? (1)

Así marcha la naturaleza en su continuo movimiento y no hace caso del infeliz mortal. Que el dolor oprima el corazón, que arrastre la mano de fierro del destino, destruyendo ó sucumbiendo por las consecuencias de cambios comunes en las revoluciones de la naturaleza: ésta los sigue en su curso con una glacial indiferencia, con toda la gravedad de su alto destino.

—¿Y á quién no ha conmovido muy profundamente esta experiencia? ¿A quién no le ha horrorizado y llenado de grande tristeza haciéndole estremecer ante la marcha inevitable de la fatalidad? Mas luego que se eleva la vista, se recoge el espíritu y se consideran las cosas

(1) Humboldt: Viajes, etc. tom. I, pág. 180 Klenke, pág. 52.

en un punto de vista mas elevado, entónces justamente la marcha de la naturaleza está sujeta á leyes eternas é inmutables, lo que nos ofrece el mayor consuelo, una gran tranquilidad en nuestra existencia tempestuosamente conmovida. Clara, precisa y convincente se nos acerca la certidumbre, *que sin embargo de todo esto, hay siempre un polo de reposo en el conjunto de los fenómenos.*

Así pensó tambien Alejandro, y hablando consigo mismo, dijo:

—¡Sí! el hombre pertenece á un orden de cosas no interrumpido, que llevando esta con certeza á algo superior y luego al punto final, en que se resuelven todas las dudas, se vencen todas las dificultades y se reunen todos los sonidos antes disonantes, en una poderosa y bella armonía; es preciso que tambien el hombre llegue con este orden de cosas al mismo punto indicado. Y entónces... la naturaleza posee tambien luz y amor, alegría y brillo, así como se nos presenta grave y conmovedora ante nuestra alma, si sabe consolar y levantar á aquel que está sumergido en duelo y pesadumbre!

Alejandro levantó la vista; entónces le pareció que el mismo Eterno le habia contestado: la luna se habia metido en el lejano horizonte, una lijera brisa habia desvanecido las nubes, y grande, brillante vió salir por primera vez la magnífica constelacion *de la cruz del Sur!*

Un grito de placer salió de su pecho, que encontró eco en los labios de los marineros, quienes se apresura-

ron á subir á cubierta al saber que la constelacion de la cruz habia aparecido. En la soledad de la mar se saludó á una estrella conocida como á un antiguo amigo, y la brillante cruz del cielo pareció á la tripulacion en aquella vez con la fiebre á bordo, como una señal de salvacion enviada por Dios. Era tambien la misma constelacion que habian saludado los primeros navegantes del siglo XV, como una señal significativa de adelanto, desapareciendo para ellos las estrellas del Norte.

La tripulacion se retiró despues de una corta oracion. Alejandro de Humboldt volvió á quedarse solo.

La noche se habia puesto muy serena, con una atmósfera balsámica, tranquila y agradable, por lo que Alejandro respiró el aire con deleite. Parecia que la fosforescencia del mar esparcia una especie de luz en la atmósfera.

Humboldt se habia sentado sobre un pequeño barril, y no se cansó de admirar la belleza del cielo del Sur, en el cual salian mas y mas constelaciones, despues de algunas noches en que habia estado cubierto de nubes.

Un sentimiento extraño se apoderó de él; las estrellas que habia conocido desde su niñez, habian bajado paulatinamente y desaparecido por completo al acercarse al Sur, y entónces brillaba un nuevo cielo estrellado sobre su cabeza.

Nada mas á propósito que esta circunstancia, para que recordase la inmensa distancia de su patria.

Los grupos de las estrellas de primer orden, algunas nebulosas, que rivalizan en brillo con las de la vía lactea, distinguiéndose por un color intensamente oscuro; todo esto da un aspecto muy original al cielo del Sur. Este espectáculo conmueve la imaginacion aún de aquellos hombres que son extraños á las ciencias, y elevan con trasportes de júbilo sus miradas hácia el cielo estrellado, admirándole como se admira un hermoso paisaje ó una vista magnífica. No se necesita ser botánico para conocer el trópico á la vista del mundo vegetal, y aún aquel que no tiene conocimientos astronómicos y no sabe nada de los mapas celestes de Flamstead y de Lacailles, conoce que ya no está en Europa, viendo salir en el horizonte la monstruosa constelacion de la nave ó las nubes luminosas de Magallanes. Tierra y cielo..... á todo lo que hay en los países equinociales se imprime el sello de lo extraño. (4)

¡Oh! cuántos sonidos lejanos hirieron esa noche el oído del que estaba contemplando el firmamento estrellado! Se acordó del tiempo de su juventud en que habia deseado tan ardientemente ver la magnífica constelacion de la cruz del Sur, que en esa misma noche tenia en efecto á la vista, tan luminosa como si estuviera formada de innumerables diamantes; con silencioso placer, como en los dias de la juventud, resonaban en su alma los versos del Dante:

(1) Viajes á las regiones etc.

Io mi volsi a mandestrà e posi mente
All' altro polo, e vidi quattro stelle,
Non viste mai fuor ch' all prima gente.

Goder pareo lo ciel di lor fiamelle
O settentrional vedovo sito,
Poi che pirato se di mjar quelle!

Pero con estos versos del inmortal Dante se presentó á Alejandro toda su juventud pasada, el recuerdo de sus padres, su hermano, de la hermosa infancia que pasó en Tegel, del tiempo académico con sus amistades juveniles, y..... de su primer amor.

—¡¡Cecilia! exclamó Alejandro, ¿qué habrá sido de tí?

Y recayó en una profunda meditacion..... horas enteras pasó de este modo.

Ya se notaba el crepúsculo matutino, cuando sintió una mano en sus hombros. Alejandro se sorprendió: era Bonpland, á quien habia fortalecido un largo sueño y se hallaba á su lado ya bueno y sano.

Humboldt le saludó cariñosamente; pero oyó con pesar la noticia de que la fiebre seguia á bordo. La mañana habio traído una brisa algo mas que fresca, que hacia estremecer á Alejandro. Algunas aves del mar pasaban el buque gritando, y aquí y acullá levantaba un tiburón su cabeza de las aguas.

Repentinamente resonó un sonido sordo en golpes pausados,

—¿Qué será esto? preguntó Humboldt sorprendido á un marinero que pasaba delante de él.

—¡La campana mortuoria! contestó el hombre en tono grave.

—¿Y quién ha muerto? preguntó Alejandro congojoso.

—El mas jóven de los pasajeros del buque, contestó aquel. Un jóven asturiano de diez y nueve años.

Alejandro se figuraba que una mano de hielo le tocaba en su corazón, sintiendo á la vez un profundo y sincero dolor. ¿De este modo se habian cumplido las esperanzas de la pobre madre y de Alma que en la lejana patria estaba tambien esperando en su amor? ¿Era este el fruto de una vida tan bella, tan jóven y llena de esperanzas?

—¡Pobre jóven! pensó Humboldt; tu has adivinado esta desgracia, con repugnancia te embarcaste..... ¿y ahora? Ya nos están saludando los aires del Nuevo Mundo!.....Cuba, el objeto de tu viaje, el anhelo de tu madre, el país de tu pretendida fortuna, está muy cerca.....te sorprende una fiebre maligna.....y..... acaso mientras tu madre y tu novia están orando fervorosamente por tí, te sumergen manos estrañas en la húmeda tumba.

Entretanto sonó la campana mortuoria.....los marineros se arrodillaron para hacer una corta oracion..... luego cayó un cadáver amarrado en una tabla á la mar,

toco el agua y luego.....una docena de tiburones se acercan.....sigue un silencio absoluto, mientras en el lejano horizonte sale grandioso y solemne el sol, sobre el inmenso oceano!

CAPÍTULO VII.

El Nuevo Mundo.

Es admirable como se demuestra en nuestra vida con frecuencia una coordinación superior de circunstancias, que nos explicamos mas tarde en el ocaso de nuestra existencia.

Es verdad, que el hombre, por su libre albedrío, es el creador de su destino y de su suerte. Puede por medio de su actividad aumentar y perturbar la marcha del mundo moral, y todo el género humano, desde el mendigo hasta el rey, es por consiguiente en conjunto cada uno segun sus fuerzas, el creador de este mundo moral. El